

Educación de los hijos en un contexto de crisis de valores

ANGEL GALINDO GARCIA

« La familia es escuela del más rico humanismo. Para que pueda lograr la plenitud de su vida y misión se requieren un clima de benévola comunicación y unión de propósitos entre los cónyuges y una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos...

La educación de los hijos ha de ser tal, que al llegar a la edad adulta puedan, con pleno sentimiento de responsabilidad, seguir la vocación, aún sagrada, y escoger estado de vida; y si este es el matrimonio, puedan formar una familia propia en condiciones morales, sociales y económicas adecuadas» (G.S. 52) ¹.

La educación de los hijos en una sociedad en crisis exige hoy una actitud de compromiso, que consiste en entrar en relación con uno de los centros del conflicto social español y europeo, como ha quedado de

1 Constitución Conciliar «*Gaudium et Spes*», 52. La bibliografía siguiente puede ampliarse con las obras de los autores citados a continuación:

- Vidal, M. (1975). *Moral de Actitudes*. Madrid, P.S., pp. 241-261.
- Flecha, J.R. (1980), Reflexión sobre las normas morales, en *Salmanticensis* 27, pp. 193-210
- Fuchs, J. (1973), La dimensión absoluta de las leyes morales, en *Selecciones de teología* 12, pp. 50-65.
- De Finance, J., Valor, en *Sacramentum Mundi* 6, pp. 821-825.
- Fondevilla, J.M., (1979), *Educación y valores*, Madrid, pp. 23-24.
- Ortega y Gasset, J. (1955). Introducción a una estimativa, en *Obras Completas*. Madrid, 315-335.
- Frondizi, R. (1968) *¿Qué son los valores?*. Mexico.
- Vaccarini, I., (1968). Valor, en *Diccionario de sociología*. Madrid, 1766.
- Gogacz, M. (1984), Consideraciones en torno al tema de los valores, en *Sapientia* 39. pp. 133-144.
- Borobio, D. (1987). *Sacramentos en Comunidad, comprender, celebrar, vivir*, Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer.
- Boeckle, F. (1986), *Valores y fundamentación de normas*, en Colección «Fe cristiana y sociedad moderna» 12 SM, pp. 85-86.
- Lopez Quintas, A., (1989), *El conocimiento de los valores*, Navarra, Ed. Verbo Divino.

manifiesto en el análisis realizado por los Obispos españoles en su documento «la verdad os hará libres»². Es una de las cuestiones más árduas y controvertidas del momento actual por su amplitud de mira y por la interdisciplinariedad que exige su tratamiento. Esta cuestión puede ser estudiada desde varios horizontes: la teología, la psicología, las ciencias de la educación, la enseñanza... Como profesor de Teología moral y desde la experiencia en el mundo de la enseñanza y en los movimientos familiaristas, centro esta reflexión en el campo de los valores.

Aunque desde la época de la industrialización, todas aquellas instituciones que poseían un carácter «inmutable» como el de la familia corrían el peligro de desaparecer, sin embargo, es mi parecer, como afirmó Teresa de Calcuta en septiembre de 1987 en el X Congreso Internacional sobre la familia celebrado en Madrid, que «la familia es la base de la sociedad y sigue siendo la estructura mejor para asegurar a los seres humanos un maximum de estabilidad, de confort afectivo y psicológico necesario para su desarrollo»³. Por eso, la buena salud de una sociedad se mide por la calidad de la familia. La educación de los hijos habrá de nacer de esta calidad familiar.

Como anticipo de algunas de mis conclusiones tengo que afirmar que la educación de los hijos tiene sentido porque más que crisis de valores hoy existe en la sociedad crisis de valoraciones. Estas, son hechas desde las facultades humanas; sin embargo los valores tienen un «en sí» consustancial a las aspiraciones fundamentales de la raza humana⁴.

Con esta introducción breve situaré esta reflexión, diseñándola en primer lugar en torno a las claves de unos presupuestos, en segundo lugar, frente al análisis de una sociedad en crisis de valores y, en tercer lugar, con el proyecto de una auténtica educación en valores.

1.- PRESUPUESTOS

Es necesario aclarar los conceptos que vamos a utilizar con el fin de hacer una composición intelectual como punto de partida. Para ello, después de ver el ámbito e intento de definición de valores, recogemos la clasificación de los mismos y algunas características. Por fin, en este contexto, no queremos olvidar los valores que aparecen en la ética cristiana echando una breve mirada a los padres como primeros educadores.

2 «La verdad os hará libres» (Jn. 8,32), Instrucción Pastoral de la Conferencia Episcopal Española sobre la conciencia cristiana ante la actual situación moral de nuestra sociedad (1990). Cf. AA. VV., (1990), *Comentarios "Para ser libres nos libertó Cristo"*, Valencia, Ed. Edicep. Lustiger, J.M., (1986) *La Elección de Dios*. Barcelona:Planeta.

3 De Calcuta, T., (1987), X Congreso Internacional sobre la familia, en Diario YA, Madrid.

4 Scheler, M. (1948) *Ética I*, Buenos Aires: pp. 123-157. Cf. Frondizi, R., o.c. 133 ss. Le Senne, R., (1949) *Traité de Morale Generale*, Paris.

1.1.- Ambito de los valores e intento de definición

La noción de «valor» en la cultura actual es compleja, como lo están siendo la misma sociedad y la vida. El concepto de valor ha ido configurándose progresivamente en el pensamiento moderno desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. En el mundo clásico, el valor – propio del pensamiento grecorromano, tomista y eclesial – presente por tanto en gran parte del pensamiento católico y en su exposición teológica, se usaba fundiéndolo con los del fin último, Bien, Felicidad, Perfección⁵. En la filosofía Kantiana, se identifica con aquello que es racional: vale lo que es racional. El romanticismo y los moralistas anglosajones funden, por su parte, el valor y el sentimiento⁶. Pero no sólo aparece el concepto de valor en estas ciencias como la teología, la filosofía y el romanticismo «de calle». También ha entrado en la ciencia y praxis económica a través de economistas austriacos como Menger y otros⁷, aunque sus antecedentes los encontramos en Tomás de Mercado del siglo XVI: Lo que vale tiene o se le pone precio⁸.

Según esto, cómo podemos definir «el valor». Los intentos de definición son muchos y variados. Dependen del campo de estudio en el que se sitúen. La tendencia idealista afirma que el valor es solamente una categoría mental, producto del intelecto del individuo. La postura práctica de los idealistas es por tanto subjetiva. Según la cual, todo depende del pensamiento del sujeto⁹. La tendencia realista piensa que en los valores hay un «ser en sí» que se percibe por intuición emotiva más que intelectual (Max Scheler)¹⁰.

La psicología tiende a considerar los valores como instancias críticas relativas ya que tienen como fundamento unas inclinaciones y afectos propiamente subjetivos¹¹. La ciencia sociológica, por su parte, afirma que los valores son meros hechos sociales, relativos. Estos pueden quedar reducidos a puras valoraciones construidas exteriormente. Es decir, no poseen un «ser-en-sí»¹².

El existencialismo y el liberalismo consideran que los valores se refieren directamente a la libertad. Es ésta, la libertad, la que los crea. Por tanto, en los valores, no existe factor objetivo alguno. Solamente la libertad es el valor por excelencia¹³.

Los creadores y los expansores de la filosofía de vacío como M. Kundera o U. Eco, y de la praxis de la llamada «levedad del ser», no

5 Santo Tomás, *Sum. Theol. I-II*, q. 1ss. Aristoteles, *Etica a Nicomaco I* y VI, 4.

6 Cf. Vaccarini, I., (1986), Valor. Madrid: en *Diccionario de Sociología*: De Finance, J., Valor, en *Sacramentum Mundi* 6, 821ss.

7 De esta manera ha llegado al lenguaje popular a través de Lotse, Menger, Von Vieses, aunque fué Nietzsche quien extendió su empleo.

8 De Mercado, T., (1975), *Suma de tratos y contratos*. Madrid: ed. Nacional, editado por R. Sierra. Cf. Galindo, A., Conferencia pronunciada (texto en prensa) en la Universidad de Lima en agosto de 1991 con el título «El comercio con las Indias. Su influencia en la expansión española. Breve reflexión desde el pensamiento de Tomás de Mercado».

9 Peschke, K.H., (1986) *Etica cristiana I*. Roma 122s. Cf. Fondevilla, J.M., o.c., pp. 27-32.

10 Scheler, M. o.c. pp. 123-157.

11 De finance, J., (1959) *Ethica generalis*. Roma: pp. 30-37.

12 Cf. Sanchez Vázquez, A., (1984), *Etica*. Barcelona, p. 132.

13 Frondizi, R., o.c., pp. 147-168.

creen en los valores. Estos no existen. Para ellos solamente tiene sentido el dejarse caer en el sinsentido¹⁴.

El espiritualismo, las nuevas sectas, la metafísica, las confianzas en los horóscopos, las «mediuns»... Afirman que los valores tienen su referencia fundamental a unos absolutos limitadores de la libertad. El valor es una revelación de algo-alguien que trasciende al individuo. Dios o los dioses-idolos son la identidad del ser y del valor¹⁵.

Con lo dicho hasta ahora creemos que nos encontramos en un cruce de culturas y de pensamientos, en el cual, la definición de valor es incompleta. Lo más cercano a nuestra realidad es la construcción de la definición de valor desde el pensamiento de José Ortega y Gasset, en cuanto su descripción de valor se refiere a algo específico y nos permite trabajar sobre algo concreto en el campo de la realidad familiar y del concepto occidental de familia. Ortega afirma que «allí donde se habla de valor existe algo irreductible a todas las demás categorías, algo nuevo y distinto de los restantes ámbitos del ser»¹⁶. Si pensamos en el valor de la salud nos encontramos con un «ser en sí» distinto de la belleza y de la amistad. Por otra parte, el valor no puede ser entendido sin referencia al fin y al bien. Si pensamos por tanto en el valor de «la salud» de nuestro hijo ese valor tiene referencia al bien y al fin del hombre sano. Los valores, por tanto, no son producto de nuestra subjetividad sino que son una realidad objetiva existente fuera de nosotros. De todos modos, creemos que existe una dimensión objetiva y otra subjetiva en los valores. Cuando hablamos de dimensión «subjetiva» queremos decir que es necesaria la captación de los mismos por parte del sujeto – hombre; «los valores», como afirma Ortega, son un linaje peculiar de objetos irreales que residen en los objetivos reales o cosas como cualidades «sui generis». La belleza de una estatua o la justicia de una acto, no se ven, sólo cabe sentirlos o estimarlos. La dimensión objetiva del valor está asimismo en su sentido referencial al hombre, es decir, en referencia a la situación de la persona o del objeto. El valor es tal por su referencia al hombre.

1.2.- Clasificación de los valores

Sería excesivamente ardua la labor de hacer una clasificación completa de los valores del hombre. A lo largo de esta exposición irá apareciendo alguno de ellos. No obstante haremos la clasificación que presenta Ortega y Gasset¹⁷.

14 Kundera, M., (1986), *El libro de la risa y el olvido*. Barcelona: ed. Seix Barral.

15 Varias las definiciones según sea la ciencia que se plantee la cuestión de los valores: En la metafísica (Cf. Gogacz, M.), en la sociología (Cf. Kiuckhoh, C., en *Toward a general theory of actu*). Comunicado de la Comisión Episcopal de relaciones internacionales sobre las sectas y los Nuevos Movimientos religiosos, en *Ecclesia* 2460 (17/1/1990) pp. 104-105.

16 Ortega y Gasset, J., o.c., p. 316.

17 Ortega y Gasset, J., o.c., pp 332ss. Cf. Vidal, M., o.c., pp. 251ss.

Antes de hacer esta clasificación es necesario constatar la importancia de la jerarquización de los valores. Hablar de jerarquía de valores en la tarea de la educación de los hijos exige caer en la cuenta de las situaciones en las que esos mismos valores entran en conflicto. En caso de una agresión, por ejemplo, entra en conflicto el valor de la propia vida y el valor de la vida del agresor. El comportamiento sano del hombre es aquel que se realiza desde una jerarquización inteligente. Por ello la sensibilidad humana ha de tender a clarificar los valores y a educar con unos criterios adecuados para una recta jerarquización de los mismos. De esta manera podrá superarse gran parte de los conflictos de valores.

Breve clasificación orteguiana de los valores:

a.- Valores útiles: Capaz e incapaz, caro y barato, abundante y escaso.

b.- Valores vitales: Sano y enfermo, selecto y vulgar, enérgico e inerte, fuerte y débil.

c.- Valores espirituales

c.1.- Intelectuales: Conocimiento y error, exacto y aproximado, evidente y probable.

c.2.- Morales: Bueno y malo, bondadoso y malvado, justo e injusto, escrupuloso y relajado, leal y desleal.

c.3.- Estéticos: Bello y feo, gracioso y tosco, elegante e inelegante, armonioso e inarmonioso.

d.- Valores religiosos: Santo y profano, divino y demoníaco, supremo y derivado, milagroso y mecánico.

1.3.- Características de los valores

Son múltiples las características de los valores humanos. Nos vamos a referir exclusivamente a aquellas que son propias de los valores morales en relación directa con la acción humana en el campo de la educación. Algunos de ellos tendrán una conexión de sentido con el ambiente familiar¹⁸.

- El valor se refiere directamente al hombre como sujeto, en cuanto éste posee intención, libertad y el compromiso interno para la realización de una acción concreta.
- El valor se impone y se justifica por sí mismo. Su objetividad no necesita del sujeto para declararle tal valor.
- El valor conecta con el sentido del resto de valores. El valor moral esta presente en el resto de valores sin interferir su peculiaridad y su «ser-en-sí».

¹⁸ Cf. Fondevilla, J.M., en educación y valores, o.c., pp. 27-32. En nuestra exposición recogemos algunas reflexiones de nuestro colega José Román Flecha. Sus estudios son expuestos frecuentemente en las aulas de Facultad de la Teología.

- El valor moral es aquel que condiciona a la persona en su realización y desarrollo integral. Es personalizante y aparece como la razón de ser del hombre.
- El valor moral es, por tanto, una cualidad de la persona. Esta característica le hace estimable o deseable por las personas o grupos.
- El valor se hace válidamente humano cuando es asumido por un ser personal, inteligente y libre.
- El valor se sitúa en el orden ideal en cuanto trasciende al dato concreto. Pero es tan real como los objetos y comportamientos a través de los que se expresa. El valor se vive *ya* en parte, *pero todavía no* en totalidad. El valor es una expresión de la realidad del reino.
- El valor es bipolar: Ofrece un polo positivo y otro negativo. Este es antivalor.
- Los valores son inspiradores de juicios: Se hacen juicios de valor porque existen valores como puntos de referencia.
- La opción por un valor no puramente intelectual- racional aunque sea razonable: La intuición, el sentimiento y la afectividad juegan un papel importante en su percepción, en su estabilidad y su resistencia al cambio.
- Los valores son perspectivas que pertenecen al «ordo amoris».
- En toda persona o grupo se da un valor absoluto que relativiza todos los demás valores, les da sentido y forma el horizonte de su vida.
- En cierto modo, los valores son relativos: Se perciben en un tiempo, en un lugar, en un tipo de sociedad y de vida. Cada cultura hace sus «valoraciones» de los valores.
- Por fin podemos afirmar que no existe crisis de valores, sino de valoraciones. Es el individuo quien pierde el horizonte o no se ve inmerso realmente en una comunidad.

1.4.- *El valor en la ética cristiana*

No podemos presentar en toda su amplitud el sentido del «valor» en la teología cristiana. Hacemos una síntesis del pensamiento actual. En este sentido podemos afirmar que lo constitutivo del valor moral cristiano es Cristo, en cuanto es interiorizado en la vida de cada creyente. Este cristocentrismo puede recibir una formulación teológica diversa y variada, atendiendo a la búsqueda de la especificidad cristiana en el terreno del comportamiento: A veces se identifica con la caridad, otras con la realización del reino de Dios, en ocasiones con la imitación de Cristo y en otras con el seguimiento de Cristo¹⁹.

19 La identificación con la caridad (Gilleman), con la realización del reino (Stelzenberger), con la imitación de Cristo (Tillman), con la realización del cuerpo místico de Cristo (Mersch), con el seguimiento de Cristo (B. Haëring).

Es frecuente encontrar en la Sagrada escritura la importancia que se da a los valores en relación con la vida del hombre. En primer lugar, señalamos las preferencias humanas: Así los profetas animan a seguir una religión interior como condición y fruto de la alianza nueva (Jr. 31); la literatura sapiencial coloca el temor de Yahvé en la primacía de la escala de valores (Prov. 1.7.); en varias parábolas Jesús de Nazaret subraya la preeminencia del Reino sobre todos los valores (Mt. 13); Pablo invita a los filipenses a valorar cuanto de verdadero y noble exista en el mundo; y en los escritos de Juan la caridad es el valor primordial y la llave de los preceptos morales. En segundo lugar, recordamos las bienaventuranzas: El israelita proclama sus valores mediante las bienaventuranzas (dichoso el que no sigue el consejo de los impíos, Ps. 1.1); la literatura sapiencial valora al hombre que ha hallado la sabiduría y le presta atención (Prov. 8,34); el Nuevo Testamento felicita a María (Lc 1,48) y extiende la bienaventuranza a los que acogen la palabra de Dios (Lc. 11,27-28), dichosos especialmente los humildes, los marginados, los pobres y limpios de corazón²⁰.

Por otra parte, tenemos en cuenta varios textos del Magisterio de la Iglesia en los que se habla directamente de los valores. Así en MM 210 se contraponen los valores espirituales y morales a los técnicos, en 246 se insiste en la necesidad de jerarquizar los valores que configuran la cultura actual. En GS. 7 el Concilio cae en la cuenta de que las instituciones, las leyes y las maneras de pensar y de sentir del pasado no siempre se adaptan al estado actual de las cosas; en el número 53 se afirma que «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadero y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes de la naturaleza y los valores». Y en el número 59 el Concilio reconoce los valores positivos de la cultura moderna, afirmando que estos aportan una cierta preparación para el evangelio, y anima a cultivar algunos valores concretos.

Pablo VI en la encíclica «*Evangelii Nuntiandi*» nos dice que «Cristo» en cuanto evangelizador anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que en la relación con él todo se convierte en «lo demás». Desde aquí, en los números 21 y 29 insiste en el testimonio de los cristianos, que obran conforme a los valores no habituales, suscitanlo con sus testimonios interrogantes en quienes les observan.

Juan Pablo II en la encíclica «*Redemptor hominis*» 15-16 ofrece un interesante análisis sobre los valores de la sociedad contemporánea y la dialéctica entre los valores técnicos y los morales. Por último, en la «*Familiaris Con-sortio*» 37 insiste en el deber de los padres de formar a los hijos con valentía y confianza en los valores esenciales de la vida humana.

1.5.- *Los padres, los primeros educadores.*

« En esta Iglesia doméstica los padres han de ser para sus hijos los primeros educadores de la fe, tanto por su palabra como por su ejem-

20 León Dufour, X., *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Herder: p. 133.

plo» (LG. 11). Con esta referencia conciliar y último presupuesto de la primera parte de la exposición, entramos directamente en la materia de la educación en valores de los hijos en un mundo de crisis de valoraciones.

La familia ha de ser aquella Iglesia doméstica, en la que todos los valores propios del hogar –intimidad, sumisión a los servicios de cada día, relaciones sociales, el respeto– se conviertan en educación permanente y viva. Todo ha de quedar enmarcado en el amor como valor principal: atención a cada persona, creación y crecimiento en la madurez psicológica e íntegra de cada miembro.

La vida ejemplar de los padres hará crecer en humanidad y en la fe a los hijos. Esta influencia natural ha de ejercerse atendiendo a las edades y siguiendo el ritmo de cada miembro de la familia. El amor de los esposos ha de ser el clima de seguridad y de equilibrio que debe reinar en el interior de cada hogar. En este sentido, dando importancia al matrimonio, el Concilio afirma: «el matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole» (LG 50).

En conclusión podemos afirmar que los caminos de educación residen en la misma sociedad y pueden encontrarse en los valores cristianos. Se trata de ayudar a los hijos a que tengan conciencia de los derechos y deberes humanos, orientarles en el desarrollo integral, servirles en el aprendizaje de la libertad, infundirles el sentido del bien común y abrirles hacia la orientación social de la vida²¹.

Creemos por tanto que es posible elaborar una ética de valores aptos para la educación, considerándolos desde varias prespectivas: en cuanto que la ética de los valores trata de superar toda forma de relativismo y de subjetivismo moral, en cuanto define los valores como situaciones ideales con autonomía propia, y en cuanto conceden un lugar privilegiado a la búsqueda de felicidad dentro de la vida del hombre.

2.- UNA SOCIEDAD EN CRISIS DE VALORES

Recordando el análisis de la primera parte en el que observábamos el cruce cultural en el que se encuentra esta sociedad, podremos hacernos una idea ligera de la convergencia existente de valores. Por ello, haremos ahora una radiografía de esta sociedad viendo los valores que están en crisis y aquellos que la misma posee y aporta como novedad. Terminaremos con una exposición acerca de la crisis de familia en el momento actual.

2.1- Radiografía de una crisis.-

El «cambio» es hoy perdurable. La idea y la situación de cambio se ha extendido a todas las esferas de la vida social. Los acontecimientos

²¹ Cf. Beck, C. (1976), en *Values and Moral Development*. New York: editado por Hennessy, Th. C., p. 13s.

se suceden vertiginosamente. Tal es así que no hay tiempo para asimilar los valores del comportamiento humano²².

A la rapidez del cambio hay que sumar la incapacidad de dar respuestas permanentes del hombre de hoy. Esta actitud proviene del activismo y de las prisas en las que el hombre está sumergido. La actividad es hoy la medida del hombre. Somos en tanto en cuanto hacemos. No obramos para «ser» sino que somos para «hacer». El centro de valoración ha perdido su punto de referencia y ha cambiado. Unido a ello, la eficacia es el indicador del ser. Ponemos más atención en el número de actividades que en la calidad de las mismas.

Creemos que el origen y las causas de todo ello están en la nueva configuración de la sociedad y la supeditación del hombre a este tipo de sociedad. Esta apareciendo una sociedad configurada como sede del hombre y no el hombre como razón de la sociedad. La sociedad tecnificada e industrializada ha dado lugar a un tipo de hombre con un mismo problema: la falta de identidad y la falta de sentido²³.

Varios son los problemas y las situaciones humanas que generan crisis de identidad²⁴:

- 1) La carencia de proyectos de vida y de capacidad para hacerlos: La prisa, la angustia, la respuesta a lo inmediato, el activismo y la falta de tiempo son elementos que impiden el desarrollo del proyecto de vida. La existencia misma del hombre se derrumba si no sale de sí mismo para lograr algo que está más allá de ella misma. De esta manera se origina la apatía, el tedio, la rutina, el desaliento y todas aquellas manifestaciones propias del vacío existencial.
- 2) La incoherencia entre los valores afirmados y los vividos: Los valores como justicia, paz, solidaridad son los grandes valores proclamados por la sociedad actual. Pero en la práctica son otros los que se viven: el ansia de bienes económicos, la seguridad personal, el protagonismo, el reconocimiento personal.
- 3) Resistencia al cambio: La negación de la apertura y de la capacidad de reacción, que definen al hombre como ser social cuyos motivos principales son la incertidumbre, el temor a lo nuevo, la necesidad de seguridad, la proclamación de los valores propios como los únicos verdaderos prueban que hay personas que pierden su identidad cuando se cierran en sí mismos.

Aplicando estos problemas generadores de crisis de identidad con sus respectivos cambios de valores a la situación concreta de las familias y su entorno educacional, encontramos razones para preocuparnos:

22 Marin, M.A., El profesor cristiano en sí mismo III, en *El profesor abierto a valores del II Congreso de profesores cristianos*, 174.

23 Idem, 175.

24 Bartolomé, M., (1979) *Estudios y experiencias en educación y valores*: Madrid: Ed. Narcea, p. 217.

Esta preocupación se manifiesta en primer lugar en España con algunos datos como los que siguen: durante este siglo hay una correlación negativa entre matrimonio y fecundidad, la edad de los matrimonios depende hoy de múltiples fluctuaciones económicas, ha descendido la edad de celebración de los matrimonios debido entre otras razones al crecimiento de la edad estudiantil y juvenil.

Entre las razones más frecuentes del ascenso de la disolución del matrimonio podemos enumerar: la inmadurez afectiva, la concepción romántica del matrimonio, las dificultades financieras. Podemos afirmar que la probabilidad del divorcio no tiene tanta relación con lo religioso cuanto con el modo y el estilo de vida.

Otro dato a tener en cuenta en lo que se refiere a la educación es el del porcentaje de nacimientos. Este ha descendido en proporción al desarrollo de la industrialización, a la influencia de la sociedad urbana y a la subida del nivel de vida. Por otra parte, la ilegitimidad de los matrimonios aumenta. En todo caso, debemos ser conscientes que el motivo de preocupación es importante, ya que la familia trata de asegurar unos padres legítimos para los hijos, de llevar a cabo las tareas propias como la procreación, la educación de los hijos y la trasmisión de la cultura²⁵.

2.2.- *Situaciones manifestivas de esta crisis.-*

Nos encontramos por tanto con una sociedad que tiene valores en crisis y valores que cuestionar. Hoy, aquel que no puede desempeñar una actividad concreta debido a una incapacidad física, psíquica o social se cree inútil y llega a perder el sentido de la existencia. Este es el caso de multitud de personas y de familias en situación de paro o en las que existe algún miembro con anomalías²⁶.

En ocasiones el mismo trabajo se convierte en refugio para evitar la crisis de identidad. Se trata de hacer cosas para no pensar o no enfrentarse a los problemas. El «hombre masa» y la potenciación del ocultismo – v. gr. novelas televisivas como «Cristal», «la Dama de Rosa» – se convierten en una huida de la realidad para no afrontar los problemas familiares reales.

Por ello son necesarios espacios y tiempos que permitan entrar en contacto con nuestro interior y realizar el análisis de la realidad para captar aquello que es importante y nuclear en nuestra propia vida y para asumir aquello que es digno de ser estimado. La recuperación del ser verdadero del hombre pasa por tanto por el descubrimiento personal del sentido de la vida; como afirma V. Frankl, «cada uno tiene en la vida su propia misión que cumplir, cada uno debe llevar a cabo su cometido concreto. Por tanto, ni puede ser reemplazado en la función,

²⁵ Marin, M.A., *o.c.*, p. 180.

²⁶ Declaración de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, (1984). «Crisis económica y responsabilidad moral»

ni su vida puede repetirse; su tarea es única, su capacidad para instrumentarla también lo es»²⁷.

Desde este proyecto de valores en crisis nos encontramos que hay otros que se cuestionan. Así se detecta que estamos en una sociedad industrializada y tecnificada que genera un tipo de relaciones cosificadoras de los hombres, basadas en el pragmatismo, en la eficacia y en la utilidad. Se proclama el bienestar material como valor supremo acen tuando las actitudes consumistas. El hombre se proclama como la medida última de todas las cosas. El rechazo de toda norma impuesta desde fuera no acompañado de un desarrollo del sentido crítico, lleva a resaltar la experiencia personal como única norma, termina en subjetivismo postulator de «que lo que no se experimenta no tiene valor»²⁸.

La incapacidad de la ciencia y de la técnica para satisfacer las aspiraciones de la persona y para responder a todos sus interrogantes ha promovido una vuelta del hombre al cultivo de lo oculto, al refugio en lo misterioso y a la proliferación del mundo de las sectas.

2.3.- *La familia en crisis y en cambio.-*

Existen algunos signos que muestran a la familia como una de las instituciones que más han sufrido las consecuencias de los cambios dados en la sociedad durante los últimos años. En primer lugar, algo ha cambiado desde una sociedad rural a otra urbana.

En este cambio han influido factores sociológicos,- problemas de justicia social - culturales,- aspectos referidos a la calidad de vida - políticos,- ejemplos de manipulación y de dominación - económicos - ahí están aquellos problemas que nacen de los salarios, desempleo...-

La familia rural y la suburbana sufren de modo especial los efectos de los compromisos internacionales de los gobiernos y de las fuerzas económicas en lo que se refiere a los sistemas educativos; con experimentos y actuaciones, cuando no imposiciones en las que no se respeta la dignidad de la persona; o se utilizan como medios de manipulación política²⁹.

En los sectores de base y ambientes populares la situación de paro afecta de modo especial a la estabilidad familiar, ya que la necesidad de trabajo obliga a la emigración, a la dispersión de los hijos, al envejecimiento de los pueblos y en muchos casos a la frustración personal.

27 Frankl, V.F., (1980), *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder. Otras obras del mismo autor: *La presencia ignorada de Dios* (1986). Barcelona: Herder. *La voluntad de sentido* (1988). Barcelona: Herder.

28 Marin, M.A., o.c., p. 180.

29 Cf. Caritas regional (1991), *La pobreza en Castilla y León. Estudio socioeconómico*. Salamanca: en Colectivo IOE. Es conocido asimismo la firma del plan agrícola para 1983 realizada por los eurodiputados españoles en la Comunidad Económica Europea antes de las elecciones. Cf. Amnistía internacional (1989), *Cuando es el Estado el que mata*. Madrid. EDAI.

En nuestra sociedad española movida por la influencia de la industrialización, por el turismo y los medios de comunicación se está eclipsando el carácter sagrado de la familia, se vive la relación familiar con un sentido utilitarista y burgués, se absolutiza el valor de la propia experiencia y se niega la posibilidad de un compromiso para toda la vida.

La mentalidad consumista lleva a querer tener todo. Esto repercute en conceder la primacía al valor económico en detrimento del diálogo y del encuentro personal dentro del marco familiar. Podemos afirmar, pues, que la familia es como el centro neurálgico donde confluyen todos los problemas de la sociedad. Por el proceso de cambio sociocultural se ha roto la imagen tradicional de la familia y aún no se ha descubierto un tipo nuevo.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta la situación en las relaciones conyugales y generacionales. En este aspecto una mayoría de las parejas se acercan al matrimonio sin preparación alguna o insuficiente. La inmadurez e inconsciencia de esta opción radical por parte de las parejas jóvenes hacen que el matrimonio sea más el fruto de una tendencia natural o de condicionamientos sociales o religiosos que de una opción libre. De ahí la inconsistencia ante las dificultades que han de surgir en las relaciones interpersonales, matrimoniales y familiares.

La prolongación de la vida, la limitación del número de hijos y las nuevas dimensiones de la vida social, propias de nuestra época han quebrado la imagen tradicional del matrimonio concebido en función de la procreación y la educación de los hijos.

La sexualidad entendida en función de la procreación de los hijos y de la supervivencia de la especie humana ha dado lugar a otra mentalidad en la que la sexualidad se entiende en el marco de la creación de un «nosotros». Hoy se propone un sentido nuevo y una misión nueva de la sexualidad para la que muchos cónyuges no están preparados, teniendo dificultad en integrar la sexualidad como algo personalizante. La conciencia moderna vincula el matrimonio a la vida conyugal y menos a la procreación. No se da importancia al hecho conyugal como hecho jurídico y como sacramento. Si a esto unimos la paternidad irresponsable por la que se conciben hijos no deseados ni queridos, hay que reconocer que una multitud de niños nacen sin aquel amor que permite aceptar la vida con confianza y serenidad.

En tercer lugar, hay que recordar el puesto único de la familia en la sociedad. No alcanza la plenitud de sí misma y de sus miembros más que dentro de la sociedad a la que pertenece y en la que tiene una función primordial.

Las claves de la plenitud de la familia las encontramos, siguiendo la doctrina social de la iglesia, en la consideración de la misma como aquella escuela del más rico humanismo de la que habla la Constitución *Gaudium et spes*³⁰. Para que exista este humanismo y un sano

30 *G. et. S.*, 52.

clima de comunicación es preciso que exista una auténtica cooperación de los padres y de los hijos, de manera que todos los miembros de la familia puedan vivir el desarrollo progresivo en todos los niveles humanos: la cultura, el cuerpo, el espíritu. Es decir, se ha de lograr el desarrollo integral de todos los miembros de que se compone la familia. Esta comunicación interna no niega la sana cooperación e interrelación con el resto de los elementos sociales.

Pero también hay que atender a la sociedad concreta en la que la familia está enclavada. En general, la sociedad está formada por individuos – personas. Las familias y los clanes se asocian por intereses y por necesidades. Todos los grupos sociales – asociaciones de barrio, escuelas, religiones, familias... – buscan entre sí una forma concreta de gobierno.

La función de los políticos y del poder es la de atender, guiados por el principio de subsidiariedad, a las personas, familias, clanes e instituciones de base que componen y forman la sociedad³¹. Los estamentos sociales tienen el deber de atender a la familia con diligencia en el campo económico y social. Es pues a los padres a quienes corresponde, antes que a nadie, el derecho de mantener y de educar a los hijos. Por ello, el poder civil ha de considerar la obligación de reconocer la verdadera naturaleza de la familia y de esa manera protegerla y ayudarla³².

La familia tiene asimismo una relación estrecha con la cultura y la educación cristiana. Es un hecho el que la iglesia ha contribuido al progreso de la cultura. La familia en este sentido es el punto de coincidencia de distintas generaciones que se ayudan mutuamente a lograr y armonizar los derechos de las personas en la vida social³³.

3. EDUCACION EN VALORES.–

En la tercera parte bajamos al terreno de lo concreto; debemos reconocer los valores peculiares de esta sociedad moderna, aquellos que la familia puede transmitir, y el dinamismo de la educación en valores.

3.1.– *Valores de la sociedad moderna.–*

«La real comunicación y la convivencia en una sociedad se funda en la oferta mutua, en la aceptación, el intercambio, y el enjuiciamiento crítico de valores generadores de sentido. La medida de una sociedad viene dada por los valores que cultiva, por los ideales para los que vive y por los fines a los que tiende. Estos valores configurantes de un pue-

31 Instrucción «La verdad os hará libres», o.c., 60-64. Cf. Utz, A.F., (1991), *Ética social*. Barcelona: Herder. pp. 59-70.

32 *Constitución Española*, art. 9,2.

33 Cf. G. et S., 53-62.

blo o de una cultura necesitan encontrar vías de explicación para mantener su identidad o consistencia. No puede sostenerse una sociedad del tipo que sea, sin alguna forma de reconocimiento de los valores³⁴ ».

Siguiendo este pensamiento de nuestra colega entendemos que nuestro sistema de valores del hombre en la historia nunca está cerrado. A lo largo del tiempo los hombres han ido descubriendo y realizando valores. Valores que han estado ocultos durante tiempo, han aparecido con fuerza y sabia nueva. Hay valores universales como la bondad, la justicia, la solidaridad y la libertad. Los valores son considerados como los elementos constitutivos del ser del hombre expresados en su existencia.

El padre y el educador cristiano han de ser personas abiertas a los valores. Ellos han de detectar la acción del espíritu en todo lo bueno de los miembros de la familia, ha de creer en los signos de los tiempos como señales de Dios para nosotros, han de estar abiertos al cambio leyendo las manifestaciones culturales de la fe y del mandamiento del amor, y han de ser conscientes del valor del hombre como obra e hijo de Dios.

A continuación enumeramos algunos de los valores propios de la sociedad que tienen relación directa con la tensión padres - hijos y la sociedad:³⁵.

- Sensibilidad en favor de la dignidad y derechos de la persona humana.
- Sensibilidad hacia las culturas minoritarias.
- Sensibilidad hacia los grupos desfavorecidos.
- Promoción de la defensa del medio ambiente.
- Sensibilidad hacia el cuerpo considerarlo como valor.
- Sensibilidad hacia la convivencia y los espacios de relación en los ámbitos de la vida personal, familiar, estudio, trabajo...
- Educación en la crítica constructiva y serena.
- Solidaridad y servicio a todos los hombres.

En este campo de actuación educacional en la relación padres e hijos aparecen la vida de aquellos que interrogan. Los valores se transmiten especialmente a través de la vida, no con las palabras sino con la forma de encarnar los hechos, es decir, con las elecciones realizadas. Es el estilo de vida el que se convierte en punto de referencia para el descubrimiento de valores por parte de los demás. Los padres deben llegar a ser personas significativas capaces de provocar interrogantes, con una coherencia de vida que pueda ayudar a sus hijos a descubrir valores y a comprometerse con ellos.

34 Galino, A., (1980), *Presupuestos culturales para una pedagogía de los valores en el siglo XX*. Madrid: Conferencia en Academia de Doctores, p. 15.

35 Izquierdo, C., (1981), *Escuela de padres. Curso de orientación familiar*. Madrid: Ed. P.S.. Cf. Marín, M.A., o.c., pp. 179-180.

Educar en valores es educar en una apertura a sí mismo y a los otros, en una comunicación y expresión de realidades vividas por cada uno. La educación se realiza desde la comunicación y supone crear o aprovechar todas aquellas situaciones e instancias que hagan vivir a la persona una llamada a la responsabilidad y a la toma de posición personal.

La transformación de la persona pasa por la creación de un clima familiar y educativo que favorezca la expresión de los valores que se están descubriendo. Se necesita la convicción de que el hijo tiene un papel activo en la propia familia. Los padres con su comportamiento lanzan interrogantes. Los hijos son los encargados de afirmar su vida desde los interrogantes de los padres. No es bueno que los padres den las cosas hechas a los hijos. Su labor es la de «sugerir».

3.2.- *Familia y educación en valores.-*

El proceso educativo familiar nos lleva a interrogarnos cómo examinar los propios valores, cómo educarse en valores. Para ello hemos de tener en cuenta que es importante reflexionar sobre el propio modo de evaluación para asegurarse que uno no se está equivocando, es necesario comparar los valores – medio con los valores– fin, y llegar por reflexión a una serie de metas de vida fundamentales y últimas que cada hombre valora por sí mismas, para subordinar a ellas los valores específicos e intermedios.

En primer lugar, hemos de conocer cómo transmitir valores. Los caminos propios de transmisión son la acogida y la consideración de la autonomía de los mismos. Los valores han de centrarse en estos dos núcleos transmisores. La autonomía de los valores no significa independencia de estos, ya que la ausencia de vinculación entre los valores y núcleos crea unidades incontroladas. En la familia, por ello, no se pueden improvisar trabajos y vocaciones nuevas de cualquier modo sin que pertube la unión familiar prometida. La elección de un trabajo ha de ser asumida por los miembros de la familia desde la autonomía de sus valores³⁶.

Los valores más característicos son: la fidelidad y la lealtad al otro miembro de la familia y no tanto a sí mismo. Cada miembro de la familia se coloca en la situación del otro, y éste sintiéndose querido se compromete con el otro en idéntica fidelidad. Aquí nacerá el valor de la confianza para lo que será necesaria la libertad de expresión.

En segundo lugar, hemos de darnos cuenta que en la familia y especialmente en el matrimonio hay unos valores permanentes que se pueden y deben transmitir. «Los valores humanos permanentes del matrimonio son los que se desprenden del mismo ser matrimonial, de la esencia del ser del hombre y la mujer en el amor comprometidamen-

³⁶ Arroyo, J., (1988), *25 lecciones sobre convivencia matrimonial*. Santander: Ed. Salterrae.

te»³⁷. Estos valores esenciales a los cónyuges no pueden por menos de transmitirse mutamente a los hijos. Por ello han de ser aceptados como ideal por todos los miembros de la familia y han de ser asumidos desde la confianza, la acogida y el respeto a la autonomía:

- el amor: abarca al hombre total, sentimiento, voluntad, cuerpo, espíritu, eros. Sin amor no existe verdadero matrimonio ni auténtica familia.
- la mutua e incondicional aceptación: el verdadero amor supone la aceptación del otro sin condiciones. Se aceptan cualidades y defectos, positivos y negativos, alegrías y penas, pasado, presente y futuro de aquel a quien se ama.
- unión permanente y fidelidad: la fidelidad es la concreción de la aceptación incondicional. La prueba de que aceptamos a alguien en verdad está en la permanencia fiel.
- la creatividad y la procreación: la creatividad mutua, la realización conyugal y la procreación son fruto del amor entre pareja. La relación interpersonal apunta en el mismo sentido dentro de la vida familiar.
- publicidad e institución: es un elemento antropológico fundamental. El matrimonio y la familia no son algo privado sino que es algo que afecta a la sociedad y a la comunidad. Por eso ha de expresarse y, a la vez, la comunidad social y eclesial tienen un cierto derecho a intervenir³⁸.

En tercer lugar, es significativo observar cómo los padres son vistos por los hijos. De esta manera cuidarán y acertarán en la educación en valores. Los hijos retienen en su comportamiento emocional las variaciones buenas y malas de los padres, recogen en su conducta modal las oscilaciones caracteriales a que la convivencia les somete, y su comportamiento ético refleja, en parte, los criterios y la conciencia que los padres exhiben ante ellos³⁹.

Los hijos reciben impactos de la casa-hogar que no aparecen expresados en los dichos y en los consejos. Son sensibles al eco familiar más que a los grandes discursos. Son hábiles para comparar las diferencias entre la palabra educadora y el comportamiento que los padres tienen ante ellos, entre sí y fuera del hogar.

Si la comunicación entre padres e hijos es abierta a lo largo del crecimiento, los hijos podrán adquirir una suficiente identidad del yo. La comunicación está llena de contenidos concretos, personales y situaciones proyectadas en ellos. Estos contenidos son propios de la «pareja como unidad». Es decir, los hijos en su crecimiento no necesitan para lograr su equilibrio psicológico tanto de un padre o una madre, cuanto

37 Borobio, D., (1987), *Sacramentos en comunidad, comprender, celebrar, vivir*. Bilbao: ed. Descleé de Brouwer.

38 Id.

39 Izquierdo, C., o.c., p. 107 y Arroyo, J., o.c., pp. 67ss.

de la presencia de «unos padres», seres unidos que ejercen sus funciones en responsabilidad⁴⁰.

La unidad es percibida más allá de las apariencias. Los niños durante bastantes años sólo aprenden y asimilan lo que sienten. La quiebra de la unidad de los padres destruye la pertenencia de los hijos a la familia. La respuesta de los hijos ante los problemas del matrimonio se manifiesta: en el abuso de libertad, expresado por alguna agresión a la escala de valores; en la violencia a las respuestas, a la invitación de amor; y en el rechazo de la autoridad o la incapacidad para obedecer.

Por fin, presentamos un decálogo que puede marcar las relaciones padre-hijos y otro que puede abrir caminos para la transmisión de valores:⁴¹

- 1º.- Valor de la comunicación frente a las recetas: los hijos no necesitan recetas pedagógicas sino una comunicación franca y permanente.
- 2º.- El valor del eco y de la palabra frente a los silencios: A los hijos no les impresionan demasiado los gritos de los padres. Les inquietan más los silencios prolongados entre los esposos.
- 3º.- El valor de la paternidad frente a la procreación: los hijos no necesitan un padre o una madre sino unos padres.
- 4º.- El valor de la constancia-coherencia frente a la inseguridad: los hijos se desconciertan con normas y actitudes arbitrarias. Prefieren errores constantes, toda vez que no lleguen a cortar la comunicación; sin embargo el sí hoy, y mañana no, les desconcierta y rompe su estabilidad emocional.
- 5º.- El valor de la autoridad frente al autoritarismo: Los hijos necesitan de la autoridad, pero no para imponer y defender principios, sino en cuanto se proyecta desde la comunicación.
- 6º.- El valor de la sexualidad radicada en el amor, frente a lo prohibido: una educación sexual basada en prohibiciones, frustraciones e ignorancia no tendrá éxito alguno.
- 7º.- El valor de la comunicación en conexión con la libertad: La libertad y la autoridad están en función de la efectividad de la comunicación manifestada en la comunidad familiar.
- 8º.- El valor de la rebeldía como desarrollo y no como destrucción: Los niños crecen siguiendo el modelo quietud-rebeldía-obediencia-rebeldía-interiorización-rebeldía-amor socializado-rebeldía. Se puede decir que no hay desarrollo sin rebeldía.
- 9º.- El valor de la ética basada en la relación interpersonal más que en normas: Los hijos admiten cada vez menos una ética de principios, de instituciones y de autoridad. Reclaman una ética de

40 Arroyo, J., o.c. p. 69.

41 Arroyo, J., o.c., pp. 61ss.

relaciones y de situaciones que den sentido a las exigencias de la comunidad familiar.

10º.- El valor de la creación del propio destino frente a la imposición: las generaciones jóvenes piden el derecho que tienen a construir su propio destino.

Desde este decálogo de valores se puede construir otro que marque los pasos para la transmisión de los mismos:

1. mediante la lectura pluridimensional de la realidad.
2. posibilitando la apertura.
3. creando espacios para interiorizar.
4. ejerciendo la responsabilidad en clave de «encuentro» personal.
5. viviendo la esperanza como garantía de encuentro.
6. experimentando el amor como realización del encuentro.
7. con la verdad como arma absoluta.
8. respetando el orden y el equilibrio familiar.
9. sabiendo que la familia es una fiesta.
10. y buscando la felicidad personal, la utopía y la realidad.

3.3.- *Educación en valores humanos. Su dinamismo.-*

Con el fin de lograr una auténtica educación en valores es preciso cuidar el ambiente familiar que potencie y desarrolle estos valores humanos, teniendo en cuenta cada caso y cada hijo en la edad respectiva.

En primer lugar, el ambiente familiar es semillero de valores. La familia es el factor esencial para crear en el hijo un determinado número de valores que le hagan persona adulta. De esta manera podemos decir que la familia es la base de la sociedad.

La familia es comunidad de amor y de vida. Todo lo grande se comprende y se lleva a cabo por amor. El amor debe de unir a todos los miembros de la familia, y desde esa unidad se transmitirán los valores. Convivir no es vivir juntos exclusivamente, sino buscar la concordia total de vida y vivir unos para los otros

En segundo lugar, el ambiente familiar es obra y tarea de todos sus miembros. Se necesita la colaboración de todos para lograr la educación integral. En los padres supone un esfuerzo de superación y de perfeccionamiento personal. En los hijos exige flexibilidad y aceptación profunda de los padres. Todo esto, es posible en un clima de diálogo y de intercambio mutuo. Cada miembro debe aportar esfuerzo por conseguir un nivel que estimule a los demás para lograr así los objetivos a los que debe tender la comunidad familiar⁴².

42 Izquierdo, C., o.c., p. 98.

En tercer lugar, la educación de los valores necesita de un dinamismo. Este coincide con los objetivos del desarrollo de la personalidad ya que el influjo que los padres ejercen en los hijos es mayor de lo que se pueden imaginar. Este dinamismo ha de tener en cuenta:

1º.- La intencionalidad: este se basa en las facultades humanas del entendimiento y de la voluntad. Hay que iluminar estas dos facultades para que el hijo pueda conocer y apetecer lo que es bueno y lo que será válido para toda la vida.

2º.- La prudencia: es la culminación de los valores. Se trata de conocer la realidad, es decir, de captar el momento. El ordenar el querer, es decir, saber lo que queremos y porqué lo queremos. Se trata de obrar en consecuencia y de saber actuar en cada momento como conviene.

3º.- El motivo conductor: en la educación en valores debe haber una motivación recta. La evolución de las motivaciones varía según las edades. En este sentido se puede insistir en las virtudes propias de cada edad⁴³.

Por fin, somos conscientes de que la educación en valores ha de proyectarse en y hacia una familia abierta y comprometida. Esta apertura y compromiso tiene su marco específico en la sociedad y en la Iglesia. Desde la Iglesia se piensa en una familia abierta que potencie los valores de todas las personas que la componen con un compromiso en vida social. «Es cometido de la familia formar a los hombres en el amor y practicar el amor en toda relación humana con los demás, de tal modo que ella no se encierre en sí misma sino que permanezca abierta a la comunidad, inspirándose en un sentido de justicia y de solidaridad, conscientes de la propia responsabilidad»⁴⁴.

El dinamismo de apertura se realiza desde la fraternidad. La persona y en concreto el hijo ha de ser preparado, educado y formado continuamente para el amor, para la relación amistosa y para el diálogo. Es pues una opción por la fraternidad, el encuentro, la cooperación y el respeto mutuo.

En la familia comprometida se educa para la libertad eliminando las diferencias y las manipulaciones, para la solidaridad humana, en el respeto profundo dentro de la igualdad y la dignidad de todas las personas y para el desarrollo de los valores personales y humanos: la veracidad, la justicia, la honestidad, la alegría y el compromiso.

Por último, desde la dimensión del creyente se abren varias perspectivas: el servicio del Reino a través de la justicia y el compromiso por la paz. A prueba por la comunidad en contra del individualismo y de la masificación. Se presenta el amor como alternativa y la libertad como tarea.

43 Izquierdo, C., o.c., p. 99.

44 Villarejo, A., (1984), *El matrimonio y la familia en la «Familiaris Consortio»*. Madrid: Paulinas.

SUMMARY

The author starts off from the importance which the education of children has, recognising that the subject can be approached from different perspectives: psychology, behavioural science, teaching, theology... He studies it from the ethical moral point of view, bearing in mind the current «value-crisis.» After studying what «values» consist of, with their divisions and characteristics, he goes on to consider the family, the parents, as the first educators in these values, precisely in a society where this does not happen, subject as it is to crisis and rapid change. The conclusion he reaches is that the education of children is totally necessary, because more than a crisis of values today there is a crisis of valuations. The latter are made from human faculties whereas values have an «in se» which has a shared nature with man's aspirations.